



(La Peña Sacra.)

EL HOMBRE DE NIEVE. (1)

La infancia es en todas partes y siempre la edad feliz de la vida; todas las estaciones, todas las latitudes la convienen y la pagan el tributo de placeres. Observad, en medio de los horrores del invierno, á esos pastores suzos: durante la noche ha caído una abundante nevada, de modo que les ha llegado la felicidad mientras dormían; por la mañana han pisado la blanca alfombra para dirigirse á la escuela, y ¡cuántas distracciones, cuántos cochicheos durante la clase! Han leído al revés las páginas del libro, se han equivocado en las cuentas, han echado en las planas borrones sin cuento.... porque sólo pensaban en la gran cuestión del día, en el proyecto meditado para la hora de la salida, en la construcción del Hombre de nieve. Nunca les han parecido tan largas las horas.

El maestro por fin licencia su impaciente tropa; todos se agrupan á la puerta, todos corren, todos gritan: «Aquí... allá... no... mas abajo...». Entre tanto la nieve ha adquirido consistencia, y sin embargo los muchachos necesitan su punto de apoyo para modelar el gigante: elijen pues un sitio á propósito para arrimarlo á la pared, y sin perder momento comienza la faena. Recogen nieve, la empujotúan, la echan á rodar y la reúnen; la base va elevándose poco á poco. Una madre y varias hermanas los observan, y se rien del que sopla sus entumecidas manos ó levanta una pierna embotada. Allí no hay otros espectadores que animen á los operarios con sus elogios ó sus miradas, y á pesar de todo, cuanto mas adelanta el trabajo, mas se excita el ardor de los escultores.

Pero las dificultades son inmensas cuando se trata de colocar una cabeza sobre aquellos miembros enormes. La cohorte se prepara á tomar carrera, y aprovecha la disposición del terreno para saltar por detrás hasta los hombros del Goliat: por último se modelan gradualmente el pescuezo y la cabeza, y es de ver el empuño y la barahunda que se arma sobre quién *hard los ojos* al Ogra y la boca de Gargantua que debe caracterizarlo: la construcción de la nariz de troncho de col es materia de reñidas disputas.

La escuela que ha servido para reunir los materiales destinados á la obra, se convierte en insignia del muñeco descomunal, porque es imposible que viva hecho un baragan ó un pendulario, sin oficio ni

beneficio; tendrá por lo tanto en lo sucesivo el cuidado de las verdades que conducen á la aldea.

Su cabeza aparece cubierta con una banasta, y las carecujadas estallan á derecha é izquierda, al verle ostentar con grave y severo continente aquel sombrero burlesco. Como personaje frío, benigno y manso, permite que se tomen con él las mayores libertades, aguantando con paciencia que el mas pilluelo y atrevido de todos le adorne la frente con una rama de arbo, emblema idóneo y mentido, porque no existe en el mundo grandeza tan pasajera como la del Hombre de nieve. Si sale con bien de los destructores caprichosos de aquellos mismos que lo han formado con sus propias manos, no resistirá, de seguro, á las brisas de la primavera;

Pues su duración es breve
Aunque le cuenten eterno,
Y viva... lo que la nieve...
El espacio de un invierno.

Acerca del hombre de nieve se citan muchas leyendas en el país de los lagos y de las montañas. Hé aquí una muy en boga en L... en el pie de los altos Alpes.

Varios aldeanillos, como los nuestros, habían construido su rollo, y ya se preparaban á ponerle un ramillete descomunal, cuando pasó por allí la vieja Lisbeth hecha una rosca con el peso de un enorme haz de ramas secas. Mucho le habia costado reunirlo, porque no habia cesado de nevar, de modo que lo que causaba el placer de los muchachos habia costado no pocos suspiros á la pobre viuda.

Al pasar dirigió una mirada al monstruo, y reparando al mismo tiempo en el rieto de una de sus amigas, ya difunta, le dijo:—¿Qué fantasma es ese que tenéis ahí, bonguito Frantz?—A lo que el chusco contestó con desparpejo:—Ha Lisbeth, es vuestro marido que viene á buscaros.—¡Ojalá! repuso la vieja entre las risotadas de los muchachos. Pero cuando hubo cesado el barullo, Lisbeth, que se habia detenido delante de Frantz, le dijo con acento cascado y tembloroso:—hijo mio, acabas de ofender á una pobre anciana, y ella no sólo te perdona, sino que pide á Dios que tambien le perdona. No jodeas sin embargo con la moquete, pues si bien puedo ir á rómme con mi querido Sigrist antes que se derita vuestro Hombre de nieve, no soy yo, por desgracia, la única á quien amenaza la muerte. Dios se conserva á todos: entre tanto, niños, hijos míos; sed prudentes y respetados.

Un silencio profundo cubrió las primaveras de la buena mujer...
El 10 Octubre de 1861.

(1) Véase la edición anterior.

allegro y la alegría solo comenzaron de nuevo mucho después que ya tieron aljarse. Pero Franz tenía ya remordimientos, y así fué que no volvió a reírse ni á alborotar, y se retiró antes que todo.

A decir verdad, las palabras que había pronunciado ni eran propias de su edad ni de su carácter, de modo que él mismo se admiraba de lo que había dicho. No paraba algunas veces sino que un demonio se apoderaba de nosotros y nos gobierna. Nos agitamos, bálamos como si estuviéramos sometidos á una influencia diabólica, y cuando recordamos nuestras faltas, creemos soñar. Y con todo el mal está ya hecho y tenemos que aceptar la responsabilidad, porque ningún corazón noble puede permanecer tranquilo, ni descansar en esta escusa: «El demonio me ha tentado.» Sin saber Franz profundizar estos misterios, se reconocía culpable, y estuvo pensativo toda la tarde en un rincón del hogar.

Su madre, la compasiva Margarita, que no tenía mas hijos, le observó silenciosa y dedujo que le aquejaba algún cuidado; pero á todas sus preguntas respondió él con viveza:—Madre, pido á V. por favor que me despierte mañana antes de la hora acostumbrada, porque tengo que cumplir un deber antes de ir á la escuela.—Y como después de esta petición vió Margarita que su hijo tomaba á su anterior alegría, no formó empeño en saber cuál era la ocupación á que quería entregarse por la mañana.

Al día siguiente, en vez de necesitar que le llamasen varias veces, según costumbre, para levantarse, lo hizo de un salto, se vistió al momento y salió de su casa. Había estado otra vezada durante la noche, y los caminos estaban intrasitables.—Tanto mejor, dijo el hijo de Margarita, pues mi cansancio será mayor, y á tí que merezco ser castigado; además, estoy seguro de que con este tiempo no podré hacer Lisbeth lo que yo me propongo.

Y una hora después, Franz, cargado con un haz de leña que había juntado en el bosque inmediato, entró en la puerta de Lisbeth y decía á esta, al paso que colocaba su carga en la cocina:—Os traigo leña, porque el tiempo está muy malo y no podéis salir.—En seguida se retiró sin dejar á la vieja el tiempo necesario para dýrsela á su favorecedor.

Pero había reconocido su voz, y además tenía demasiada expectación y penetración para dejar de advertir que el que la servía entonces, era el mismo que la había insultado el día antes. Después de la falta llegaba el arrepentimiento. Lisbeth, por consiguiente, no dudó de que fuese Franz su proveedor de leña.

Volvió á abrirse la puerta á la siguiente mañana; depositaron otro haz en la cocina, pero nadie pronunció una palabra.—«El es», dijo la vieja propiamente á estar al acecho en lo sucesivo. Franz sin embargo fué mas listo, porque mientras la vieja retiraba del fuego la tacha hervida, arrojó el haz y huyó antes que ella pudiese verlo.—¿Cuándo acabaré esto? murmuró al fin tan agobiada como agradecida.

Al cuarto día consiguió por último enjalar al traviesillo, que fricteja ba como un desesperado.—Entraras, le dijo, ó de lo contrario no quiero tu leña, ya que no admites las gracias. ¿Qué quiere decir esto? añadió, teniéndolo ya seguro.—Que necesita perdon, madre mía.—Ya la tienes, desde que saltaste ayer aquellas palabras. ¿No te lo dije?—¿Y está seguro de que Dios también me perdona?—¿Crees que no es tan bueno como yo?—Le creo mas justo, madre mía.—Pues yo le digo que tu leña pesará en la balanza mas que tus palabras.—Y con todo son para mí una carga mayor que las que he traído á V. estos días.—Vale tranquilo. Hijo mio; cuánto mas sincero es el arrepentimiento, tanto mas asegura la gracia.—Pues bien, madre mía; basta mañana.—No, querido; no quiero mas; basta con lo que has hecho.

Franz se conió al salir, é hizo una señal á Lisbeth como dando á entender que la desahedecería. Sin embargo, no volvió al otro día, y la vieja no pudo menos de sorprenderse, pues ya contaba con que en cualquier persistiría en su propósito de llevarla la leña. Quería saber el motivo de su falta, pero al mismo tiempo dijo:—Si trato de informarme, le daré á entender que la esperaba.—Esta consideración la contuvo y no salió de casa en todo el día.

Al siguiente tampoco se presentó Franz: el tiempo á la verdad era horrible, pues soplaban un viento furioso y caían torbellinos de nieve.—«Nada de esto le ha detenido», pensó la buena mujer, y estuvo esperando el instante en que una clara, como suele decirse, la permitiese ir á saber noticias. Al amanecer se aumentó su inquietud, cuando vió pasar al padre de Franz apresurado, en compañía de un hombrecillo rechoncho y barbudo, á quien la pobre Lisbeth conocía demasiado.

—Algun enfermo hay en casa de Matías, murmuró, puesta de todas en la ventana. ¿Habrá llamado á Juanillo para algun cuadrápodo ó para algun empujón? ¿Dios quiera que no entroguen el cuerpo de Franz á ese charlatan! Porque sabe echar una herradura á un caballo y sangrar una vaca, se empeña en curar al género humano. ¡Ah, pobre Sigrist! Si no hubieras hecho caso de sus remedios, estarías hoy entre los vivos.

Después de hacer estas reflexiones, salió Lisbeth de su casa y se fué, no sin trabajo, á la de un vecino, en el objeto de averiguar positivamente lo que ocurría en la de Matías. Sus temores eran demasiado fundados, pues Franz se hallaba enfermo y Juanillo debía ser su médico. La buena mujer no pudo contenerse, y á pesar de que el plan de la calle era pésimo, echó á andar hacia la habitación de Matías: apenas podía sostenerse, cuando llegó al sitio en que se hallaba el hombre de nieve, cuyo aspecto notó de aniquilar sus fuerzas.

Necesitamos decir, para disculpar su debilidad, que los muchachos habían imaginado colocar al monstruo una box vieja en vez de la escoba, y en lugar de banasto un pino joven, cuyo tronco ligaba la cabeza y el pescuezo al cuerpo, y cuyos ramos, cubiertos á la sazón de nieve, formaban una especie de pañacho flúctuo sobre aquella enorme cara. ¿No era este motivo suficiente para tumbar, con la disposición de espíritu que atormentaba á la vieja, de noche, bajo un cielo nublado, y con el recuerdo de lo que se había dicho pocos días antes (cuanto de aquel fantasma)?

¡Dios mio! ¿Que no se cumplan mis tristes profecías! exclamó Lisbeth temblando de angustia mas que de frío. Llamó en seguida á un vecino caritativo, quien la sostuvo y la condujo, en vista de sus ardientes súplicas, á casa de Matías. Entró sin anunciarse, y se sentó en un rincón sombrío para reponerse. Nadie la vió, porque todos se hallaban demasiado ocupados con el enfermo. Después que recobró sus fuerzas, acercóse poco á poco á la cama del enfermo, que estaba en una pieza inmediata. Entonces pudo observar al pobre Franz á sus anchuras, porque Juanillo se ocupaba en dar órdenes, que los parientes ejecutaban precipitadamente.

Dirigió algunas preguntas al muchacho, y este contestó maquinalmente, sin conocer á la persona que le hablaba: le cogió las manos, y le tomó el pulso; dolor de cabeza y de garganta, fiebre ardiente y estremecimientos. Alzóse de allí menando la cabeza, y volvió á la cocina para enterarse del remedio que estaban preparando con tanto aturdimiento, y vió que calentaban medio cuartillo de vino, cuya calidad apreciaba el hombrecillo vaciando en su estómago el otro medio.

—No le darás eso, gritó Lisbeth, y esta exclamación que estremeció á todos, fijó sobre ella la atención de la familia y la del doctor.—No; no se lo daréis, repitió con mayor energía.—¿Y por qué no, tia Lisbeth? replicó el sibeirar.—Porque sería un veneno para ese pobre niño.—¿Veneno! ¿Soy por ventura envenenador?—Tío Juan, la viuda de Sigrist no puede gustar cumplimientos...—No hagáis caso de ella, dijo el hombrecillo al padre, y haced lo que he prevenido, pues de lo contrario de nada puedo responder.—Sigrist hizo tambien todo lo que me pedisteis y... Pero no hablemos de lo pasado, tío Juan, si lo pasado nos inspira la prudencia necesaria.—¿Queréis enseñarme mi obligación, tia Lisbeth?—Vuestra obligación es atender á los establos y á las cuadras. En cuanto á eso nada tengo que decir: sangrar y purgar á los animales...—Tia Lisbeth, exclamó la madre alarmada con aquel altercado, dejad oír al tío Juan.—Y tanto mas, repuso este, cuanto que se trata de reparar el mal que habéis causado, porque segun he oído, el muchacho se ha enfriado recogiendo leña en el bosque para vuestra cocina.—¿Con que se ha enfriado? ¿Con que no conocéis que Franz tiene viruelas? He visto muchos en igual caso y he salvado á algunos con mis cuidados, para tener derecho de hablar. Si, Margarita, tu hijo está con viruelas, y si le dais ese brevaje caliente, le mataréis.

Margarita no sabía qué partido tomar, pero se inclinaba á proscribir el vino, porque al fin, decía, esto es lo mas seguro. El padre echaba al diablo la vieja, y quería propinar al enfermo la bebida. Con esta intención alcanzó del vasar una escudilla de barro, pero se le cayó de las manos hundiéndose pedazos; fué á buscar otra, pero entre tanto empezó á arder el vino, y Juanillo que andó á soplar para apagarlo, sin poder conseguirlo, se quemó las barbas.

—Matias, dijo la madre, convencida por estos dos accidentes, aunque sin hacer gran caso del que hacia blasfemar á Juanillo, te suplico que creamos á Lisbeth, á la amiga de mi madre, á la que tantas veces ha cuidado á nuestro hijo; dejemos descansar á este hasta mañana.—El padre consentió en ello.

¿Es decir, que ya no me necesitais? dijo con mal humor el veterinario, mesándose la barba chamuscada; pues bien; buenas noches.—Y en seguida se marchó, sin querer oír nada y con el vivo resentimiento de su dignidad ofendida.—Tranquilízate, amigos míos, dijo Lisbeth después que se hubo cerrado la puerta. Ya no soy médico, ni pretendo verme humos de doctor, ni recetar remedios para vuestro hijo. Quitadlo no obstante esa manta que le cubre, le pade con moderación, ventadlo un poco ese cuarto dejando abierta la puerta de la cocina, y en tiene sed, dadle una escudilla de agua de flor de malva. Por lo demás, que óbre la naturaleza, puede he oído á un hombre muy hábil, á un verdadero médico, que para los casos como el presente, lo mejor de todo es dejar que la enfermedad siga su curso.

Lisbeth había juzgado bien; Franz tuvo viruelas, y sus padres

patron días y noches en la gran inquietud. La viuda no abandonó al enfermo, aunque sin presentarse á su vista, por no despertar en su imaginación recuerdos peores. La noche que Lisbeth volvió á su casa durante el deshielo, los rayos de la luna rasgaron las nubes, cuando llegaba precisamente el Hombre de nieve. Vió grandes ruinas; la cabeza rodeó su hombro adonde había rodado hasta el camino; la hoz había seguido el mismo rumbo, y él mismo sólo presentaba una masa informe y confusa. ¿No se refirió á la pobre mujer. —El fantasma está vencido, murmuró prosiguiendo su camino. Está en distancia, tenía mayores esperanzas en las súplicas que dirigía al cielo todas las noches. Y el cielo las oyó, pues Frantz salió poco después en la plenitud de convalecencia.

Una cortinilla verde le velaba la luz por las noches, y al mismo tiempo la persona que velaba cerca de su cama. —Madre, dijo una vez. ¿he estado aquí mucho tiempo? —Tres semanas, hijo mío. —¿Y qué habrá sido durante ese tiempo de la pobre Lisbeth? Habrá creído que le he olvidado. Nada de eso, madre mía. ¿Cuántas veces he soñado con haces y con ramas! Ya veo que tardará en reparar el tiempo perdido; pero va V. á hacerme el favor de enviar á la pobre viuda veinte haces de mi parte, pues yo los traeré del bosque cuando esté bueno. ¿Sabe V. que si estoy vivo, lo debo tal vez á sus oraciones? Yo la insulté, me lo hizo ver, y Dios había tenido piedad de mí.

Frantz no sabía las nuevas obligaciones que debía á Lisbeth, á ignoraba que hablaba á esta misma en aquel momento, mientras descendía Margarita. Pero oyendo sollozar á su lado, entreabrió la cortinilla y reconoció á su anciana amiga, la que sin atender á las señales del mal que ofrecía el rostro del muchacho, lo estrechó contra su seno. Frantz entonces le preguntó sonriéndose. —¿Y el Hombre de nieve? ¿Cómo lo pasa? —Ya no existe, hijo mío: la cabeza y la hoz han vezido á tierra. —¿Y podrá todavía hacer año este invierno? —Sin duda, por poco que dure el frío. —¿Y qué le pondremos? —Le tejeras una corona con resas de los Alpes. —¡Ah! En efecto, y hará mas. —¿Qué? —Le pondré sobre los hombros un haz de leña, para recordar mi falta, mi arrepentimiento y mi curación.

TEATRO DE TIRSO DE MOLINA.

La suerte que en el concepto público ha cobido según la diversidad de los tiempos, el rico y admirable repertorio dramático del Maestro Tirso de Molina, es una de las más raras y contradictorias de que ofrece ejemplo nuestra literatura. Acogido con inequívocas muestras de entusiasmo á su aparición en la escena, en la que sin embargo tenía que luchar con la formidable competencia del gran *Fuente de los ingenios*, el inagotable Lope de Vega, y mas tarde con la de Calderón, Moreto, Rojas, Montalvan y otros ciento, gozaba el génio inmenso y atrevido de Tirso halló recursos propios, medios infinitos de colocarse á tan grande altura, que á no haber mediado la prodigiosa fecundidad y el irresistible prestigio de Lope, la pública opinion le hubiera colocado en el primero y mas señalado lugar de nuestra escena patria. —Conocidas sus generalmente las dotes especiales que distinguen á este grande ingenio de todos ó de casi todas nuestras vulturas dramáticas, su peregrina invencion, su chiste y agudeza, su fácil y sonora elocucion, y la riqueza y variedad de su expresion y estilo; y tanto por aquella razon como por no dar á estas líneas una vez espacio del conveniente, omitimos por ahora engolfarnos en aquel grato análisis, ó mas bien en aquel obligado panegirico. Basta á nuestro propósito decir que las comedias del *Maestro Tirso de Molina* obtuvieron en vida suya, no solo el aplauso y entusiasmo popular, sino la especial acogida y el apasionado encargo de los grandes ingenios contemporáneos, que en las aprobaciones que dieron de aquellas para la impresion, en los prefacios de algunas de sus obras, y en la dedicatoria que hicieron de las propias al gran Maestro, se debacan á elogios de su ingenio y fantasía (1).

Todos aquellos enemigos, todo aquel favor público que en la primer mitad del siglo XVII y en vida suya obtuvo el ingenioso y precioso Tirso de Molina, fueron desapareciendo ó echándose desde que seccionó su autor en la austeridad de un claustro, renunció á su público nombre adoptivo, para presentarse en el púlpito, en la cátedra y en obras de erudicion y de historia eclesiástica, con el verdadero de él Reverendísimo Padre Maestro Fray Gabriel Téllez, presenado, difinido y coronista de la orden de la Merced calzada, redención de cautivos.

Concedido con este voluntario retiro, y sin duda contribuyó gran-

damente á aquel injusto abandono de la opinion pública, la aparicion en la escena de la magica musa de Calderón de la Barca, que dando á sus argumentos mas regular artificio, retratando caracteres altamente simplices y originales, y prestándoles á su estilo todas las galas de la imaginacion española, subyugó completamente el gusto del público, y atrazó á Lope de Vega de la palma de padre y creador de la verdadera comedia nacional. —Sin embargo, preciso es confesar que el mismo Calderón y todos los demas ingenios contemporáneos aprovecharon muchas veces hábil y alicianamente la feliz invencion, riqueza y variedad de Tirso para imitar y copiar al severo religioso que procuraba olvidar con trabajos ascéticos, y con obras de penitencia, las *cuatrocientas comedias* que según su testimonio, había escrito en sus años juveniles, y en las cuales, si de algo tenía que arrepentirse, era sin duda alguna de exceso de malicia y sobrado colorido de liviandad. —Calderón, adoptando el pensamiento de *El celoso prudente* de Tirso, y mejorándolo, sin duda, en su excelente comedia *A secreto agrario terata engaña*, y en la de *Los cabellos de Absalón* la de *La engañosa de Tamar*; Moreto, robándole *La villa de Valdeca*, *La ventura con el hombre*, *El castigo del pensó que*, *Cautela contra cautela*, y otras, en *La ocasion hace al hadron*, *El paraiso*, *El rico hombre y el mejor alcalde del rey*; Montalvan, imitando *Los amantes de Teruel* de Tirso, y Malos la *Firmeza en la harmonia*, con el título de *Ver y creer*, y *La elección por la virtud* con el de *El hijo de la piedra*; Zárate la de *Palabras y plumas en Quien habla mas obra menos*; Monroy, el *Aguilón*, en *El caballero dama*; y varios nacionales y extranjeros, adoptando la famosa creacion de *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, no solo parece que se conjuraron todos á despostrar de su legitimo caudal al padre Téllez, sino que mejorando las mas veces el artificio de sus argumentos, hicieron olvidar su primitivo autor, que es lo que según decía Voltaire, equivale á robar y matar.

Y tanto lo consiguieron, que en el transcurso de casi dos siglos apareció el respetable nombre de Tirso de Molina envuelto en la mas densa niebla, y sus obras dramáticas absolutamente desterradas de la escena y aun desconocidas de los críticos eruditos. —De las circunstancias de su vida, solo llegó á estamparse la presuncion de que fué natural de Madrid (asi lo afirman Montalvan en su *Para todos*, y Baeza en sus *Hijos ilustres de esta villa*, y se infiere ademas de su propio testimonio), y que pudo nacer hacia 1570; que escribió en su primera edad (según su sobrino D. Francisco Lucas Avila, editor de sus obras), hasta cuatrocientas comedias, y que hacia 1620 ó antes profesó en la orden religiosa de la Merced calzada, en la cual fué presentado, y maestro en Teología, predicador de mucha fama, coronista general de la misma, definidor de Castilla la Vieja, y por último que en 22 de setiembre de 1645 fué elegido Comendador del convento de Sorja, donde se cree que murió en febrero de 1648. —De sus celebradas obras desméticas (cuyo número queda arriba dicho), solo han llegado hasta nosotros los cinco tomos á partes publicados en vida del autor por su sobrino desde 1618 á 1656, las cuales contienen cincuenta y nueve comedias, y los entremeses, que con las tres comprendidas en el libro titulado *Los cigarrillos de Toledo*, y otras impresas sueltas, ó en la *Colección de varias comedia* por *Las partes*, componen un total de setenta y ocho ó noventa comedias que son las que se expresan en la adjunta lista alfabética. —También hemos llegado á conocer el citado libro de *Los cigarrillos*, y otro de novelas y de versos con el título de *Delicias aprovechando*. La historia ó *Crónica de la orden de la Merced*, que tambien escribió, se conserva aun manuscrita en la biblioteca del convento de Madrid, donde la vimos antes de la supresion de aquella comunidad. —Allí debian obrar tambien otros escritos y noticias del padre Téllez; pero supimos entonces que el reverendísimo padre Martínez, general que fué de dicho orden hacia 1828, y posteriormente obispo de Milaga, tenía escritos unos apuntes de la vida de aquel insigne autor, y sin duda cogió al efecto todos los datos que pudo haber á la mano. —Con la muerte del padre Martínez todo se perdió despues, asi como se habian perdido antes, en tiempo de la invasion francesa, los que debieron existir en el convento de Sorja, y el retrato del padre Comendador.

De todos modos, y sea por la causa que se quiera, es lo cierto que el nombre y la memoria de Tirso y de sus obras permaneció mas de siglo y medio en tan completo olvido, que en vano se buscarian tróvax á él trazas de popularidad, y ni aun siquiera de conocimiento de parte de los eruditos y críticos mas autorizados. Luzán, Montalvan, los dos Norriales, Signorelli, Andrés, Buterbeck, Sismoudi, y todos los demás que han escrito la historia de nuestro teatro en todo el pasado siglo y principios del actual, apenas le nombran, y se supone que le desconocieron completamente. —Huelo no comprendió una siquiera de sus comedias en su *Colección del teatro español*, y el público, en fin, que asista al teatro y que sabia de memoria las relaciones del *Taraxca* y de *la Vida en sueño* de Calderón, del *Desden* y del *rico hombre* de Moreto, del *García del Castañar de Rojas*, de *la Paquera* cercana de Montalvan, de las *Mocedades del Cid* de Guillen de Castro, del *Domingo*

(1) Véase lo que la libreta *Don de Fayo* en el prólogo de la obra de Tirso intitulada *Las cigarrillos de Toledo*, y las cosas que se cuentan en el *Libro de la vida* del mismo autor, en donde se deducen que le hizo de su ocacion literaria *La figura de un doctor*, igualmente la sencilla aprobacion de Calderón, estampada al frente de la quinta parte de las comedias de Tirso, y un testimonio respectivo de los señores Luzán y Baeza de *Para todos*, el obispo de Sorja del gran maestro de la orden.

Lope y el Hechizado por fuerza de Cañizares y Zamora, y que aplaudía con frenesí *El Diablo predicador*, *el Triunfo del Ave María*, y los abortos dramáticos de Valladares, Zabala y Comella, ignoraba que entre aquellos primeros maestros de nuestro teatro, existía otro que podía marchar á par de ellos si no á su frente; que al través de aquellas magníficas joyas de nuestro Parnaso yacían injustamente olvidadas otras no menos acreedoras á su favor, como *El vergonzoso en palacio*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y el torno*, *La villana de Valdecaas* y *La Gallega Mari Hernandez*.

El sábio literato D. Dionisio Solís fué, puede decirse, el que descubrió y reveló al público á principios de este siglo aquel ignorado tesoro. Retocando con maestría hácia 1819 aquellas y otras muchas pro-

ducciones de Tirso de Molina, y dándolas á la escena donde por fortuna cayeron en manos de actores tan inteligentes como la Antera Baus, y la Josefa Virg, Juan Carretero y Pedro Cubas, produjo en el concepto público una reaccion asombrosa en pró de aquel hasta entonces desdichado autor.—El rey Fernando VII, asistiéndolo con una predileccion marcada á sus comedias, y especialmente á la de *D. Gil de las calzas verdes*, contribuyó sin saberlo á aquella solemne reparacion; y posteriormente los eruditos y celosos escritores D. Agustín Duran, D. Javier de Burgos, D. Alberto Lista y D. Juan Eugenio Hartzenbusch, con muy apreciables trabajos (especialmente este último en las dos colecciones de *Comedias escogidas de Tirso* hechas en estos últimos años bajo su esquisita diligencia), han analizado y discutido



[Adelaida.]

concienzuda y discretamente el gran mérito de tan insigne autor, y por resultado de aquellos trabajos (á que con nuestra notoria inferioridad tuvimos el gusto de asociarnos), y á consecuencia de aquella solemne reparacion en nuestra escena, la fama de Tirso de Molina está hoy sólidamente asegurada, y su ilustre nombre colocado en nuestro Parnaso á par de los de Lope, Moreto y Calderon.

R. DE M. R.

COMEDIAS CONOCIDAS

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

Alvaro (D.) de Luna 1.^a y 2.^a parte.
Amar por razon de estado.

Amar por señas.
Amantes (los) de Teruel.
Amor (el) y la amistad.
Amor (el) médico.
Amar por arte mayor.
Amor y celos hacen discretos.
Amazonas (las) de las Indias.
Antona Garcia.
Aguiles (el).
Arbol (el) del mejor fruto.
Averigüelo Vargas.
Burlador (el) de Sevilla y Convidado de piedra.

Beatriz (doña) de Silva.
 Balcones (los) de Madrid.
 Caballero (el) de Gracia.
 Castigo (el) del Pensé qué.
 Cautela contra cautela.
 Celosa (la) de si misma.
 Celoso (el) prudente.
 Celos con celos se curan.
 Cobarde (el) mas valiente.
 Como han de ser los amigos.

Condenado (el) por desconfiado.
 Condesa (la) bandolera.
 Conquista (la) de Valencia por el Cid.
 Dama (la) melindrosa.
 Dama (la) del olivar.
 Desde Toledo á Madrid.
 Del enemigo el consejo.
 Eleccion (la) por la virtud.
 Esto sí que es negociar.
 Escarmientos para el cuerdo.



(Cabezota.)

Fingida (la) Arcadia.
 Firmeza (la) en la hermosura.
 Gil (D.) de las calzas verdes.
 Honroso (el) atrevimiento.
 Huerta (la) de Juan Fernandez.
 Joya (la) de las Montañas.
 Lealtad (la) contra la envidia.
 Lagos (los) de san Vicente.
 Mari Hernandez la Gallega.
 Marta la piadosa.
 Mayor (el) desengaño.
 Mejor (la) espigatera.
 Melancólico (el).

Muger (la) que manda en casa.
 Muger (la) por fuerza.
 No hay peor sordo que el que no quiere oír.
 Palabras y plumas.
 Paña (la) de Francia.
 Pretendiente (el) al revés.
 Privar contra su gusto.
 Por el sótano y el torno.
 Prudencia (la) en la muger.
 Quien calla otorga.
 Quien habló pagó.
 Quien no cae no se levanta.
 Quien da luego da dos veces.

Quinas (las) de Portugal.
Reinas (las) de los reyes.
Repúblicas (las) al revés.
Romera (la) de Santiago.
Santa Juana, 1.^a y 2.^a parte.
Santo y Sastra.
Siempre ayúdala verdad.
Tanto es lo demás como lo de menos.
Todo es dar en una cosa.
Venganzas (las) de Yamás.
Ventura (la) con el nombre.
Ventura le dé Dios hijo.
Vergonzoso (el) en palacio.
Vida de Hércules.
Vida y muerte de Herodes.
Villana (la) de la Sagra.
Villana (la) de Vallerias.

ENTREMESES.

La venta.
Los alcalóes, cuatro partes.
El gabacho ó las lenguas.
El negro.
Las viudas.
El duende.
Los coches de Benavente.
La malcontenta.

DOÑA FORTUNA Y DON DINERO.

CUENTO POPULAR.

Pues señores, vengamos al caso: era este, que vivían enamorados doña Fortuna y D. Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro; tras de la sogá andaba el Caldero; tras doña Fortuna andaba D. Dinero: así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era D. Dinero un gordote rechoncho con una cabeza redonda de oro del Perú, una herriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia, y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid. Doña Fortuna era una locona, sin fé ni ley, muy raspayona, muy rafa, y mas ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la muger queria mandar; pero D. Dinero que es engreido y soberbio, no estaba por ese gusto. — Señores, decía mi padre (no gloria esté) que al el mar se casase habia de perder su bravieza; pero D. Dinero es mas soberbio que el mar, y no perdía sus infolias.

Como ambos querían ser mas y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría mas poder. «Mira, le dijo la muger al marido, ¿ves allí abajo en el chusco de un olivo aquel pobre tan eschibajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.»

Convino el marido; enderezaron hácia el olivo, y allí se encamparon, el raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos Ustas se le plantaron delante.

— Dios le guarde! — dijo D. Dinero.

— Y á Ustá tambien, — contestó el pobre.

— ¿No me conoces?

— No conozco á su merec sino para servirlo.

— ¿Nunca has visto mi cara?

— En la vida de Dios.

— Pues qué, ¿nada posees?

— Si señor; tengo seis hijos desnudos como cerrojos, con gañotes como calceas viejas; pero en punto á bienes, no tengo mas que un ojo y come cuando lo hay.

— ¿Y estás aquí aguardando algo?

— Ya aguardar! — Como no sea la noche.....

— ¿Y por qué no trabajas?

— ¡Toma! — porque no hallo trabajo. Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído la helada, y soy la *praxulta* de la desdicha, señor! (1) Ahí nos puso un amo á labrarle un pozo á estajo, *aprometiéndonos* sendos obolones cuando se le diese rematado; pero antes no soltá un *unárvadiz*; asína fué el trato.

— Y bien que lo pensó el dueño, dijo sentenciosamente su interior, pues dice el refrán: dineros tomados brazos quebrados. — Sigue hombre.

— Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde se merec me va con esta facia ruin, yo soy un hombre, señor.

— ¡Ya! dijo don Dinero, en eso estoy.

— Es, señor, repuso el pobre, que hay cuatro clases de hombres; hay *hombres* como son los hombres; hay *hombrecillos*, hay *mujerucos* y hay *monicaquillos*, que no merecen ni el agua que beben. — Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por mas que ahondamos, ni una gota de agua hallamos. — No parecia sino que se habian secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

— En las entrañas de la tierra! exclamó D. Dinero indignado de saber tan mal avocinado su palacio solariego.

— No señor, respondió el pobre, no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

— ¿Qué gente, hombre?

— Las *antripulas*, señor.

— Quiero favorecerle, amigo, dijo D. Dinero metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquella un sueño, y echó á correr que volaba; que la alegría le puso alas á los pies; arribó derecho á una panadería y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo; pero qué habia de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Anton que le guarde.

— Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, — y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldición que abría las cuernas.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de D. Dinero se puso aun mas amarilla de coraje; pero no tuvo mas remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A este le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos. Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mercó telas para echarles á la muger y á los hijos un racioncillo de ropa encima. — Pero cuando fué á pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos diciendo que aquella era una mala moneda, que por lo tanto seria su dueña un monedero falso, — y que lo iba á delatar á la justicia. — El pobre al oír esto se abochornó y se le puso la cara tan encendida que se podían tostar habas en ella; tocó de suela, y fué á costarle á D. Dinero lo que le pasaba llorando por su cara ahajo.

Al oírlo doña Fortuna se desternillaba de risa, y á D. Dinero se le iba subiendo la mostaza á las narices. — Toma, le dijo al pobre dándole dos mil reales; mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enagenado, que no vió hasta que se dió de narices con ellos á unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacia la mamola á su marido, y este estaba mas corrido que una mona. — Ahora me toca á mí, le dijo, y hemos de ver quien puede mas, las faldas ó los calzones.

Acercóse entonces al pobre que se habia tirado al suelo, y se arrancaba los cabellos; y sopló sobre él. Al punto se halló esta debajo de la mano el duro que se le habia perdido. Algo es algo, dijo para sí, vamos á comprarles pan á mis hijos, que ha tres dias que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos mas limpios que una *paterna*.

Al pasar frente de la tienda en la que habia mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le habia de disimular lo que habia hecho con él; — que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá, el contraste le habia asegurado que la onza era buenisima, y tan cabal en el peso, que mas bien le sobraba que no le faltaba; — que ahí le tenia, y además toda la ropa que habia apartado, que le daba en cambio de lo que habia hecho con él. — El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de Napoleones de la guardia civil traían presos á los ladrones que le habian robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo resustir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien habian ahondado tres varas, cuando se hallaron un filon de oro, otro de plata, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dirigieron *Don, luego Ustá, y luego Heccelemia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna á su marido amallanado y metido en un zapato, y ella mas casquivana, mas desatinada que nunca. Sigue repartiendo sus favores sin tor ni són, al buen lun ton, á todas y locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo deiego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.

(1) No ha sido posible averiguar el origen ni procedencia de esta palabra usual en el pueblo, y creemos que sea una corrupción del con-pala alterada.

EL MAESTRO VICENTE ESPINEL.

La desgracia ha perseguido aun mas allá del sepulcro al maestro Vicente Espinel; pues nació pobre, no murió rico, y despues de su muerte, si se ha hecho alguna memoria de su nombre, ha sido para saberle ó para tener que defenderle.

Nació en el arrabal de Ronda llamado el Mercadillo, y se bautizó en la parroquia de santa Cecilia el domingo 28 de diciembre de 1581. Fué hijo de Francisco Gomez y de Juana Martin, descendientes de conquistadores de aquella ciudad, que tenían hacienda de repartimiento de los Reyes Católicos, aunque despues la perdieron de resultas de una fianza. El apellido Espinel lo tomó de su abuela materna, uso ó abuso muy comun en aquellos tiempos.

Se ignora el motivo por qué hizo sus primeros estudios en Salamanca; pero nó el que fué discípulo en la lengua latina del célebre Juan Casiano, y que logró en aquella ciudad una beca en el colegio de san Cayetano.

El reinado de Felipe II, nada pacífico, le proporcionó el gusto que entonces dominaba de correr mundo, bajo el honroso pretexto de las armas, y así se alistó en ellas tal vez atraído de aquellos valerosos españoles, que vío en la escuadra llamada la Vizcaina, al mando de don Miguel de Oquendo, que era el ala derecha de la famosa Invencible, que despues de su desgraciada dispersion arribó á Santander.



(Espinel.)

Con el ejercicio de soldado corrió mucha parte de España; fue á Italia; y en Milan, á últimos del año de 1580, tuvo el encargo de la composición, traza, historia y versos que se emplearon en las famosas exequias celebradas por el alma de la señora doña Ana de Austria, muger del señor Felipe II, en las que predicó el arzobispo don Carlos Borromeo, y mereció ser preferido en esta comision á Anibal Talentino.

Fuó muy versado en la música, y se preciaba de ser intérprete en ella, nó siendo la menor prueba de esta verdad el haber enseñado esta ciencia á la viuda, que hace el bajo, alma de la música, que con su gravedad auxilió al tiple, la corrigió y dulcificó; y la que el mismo cuenta de un caballero que oyendo cantar una estancia de unas rimas que le había compuesto para su dama, y empieza:

« Rompe las venas del ardiente pecho,
« Niña cruel, y con sangrienta llaga,
« Abre camino al corazón difunto,
« Verás de mi dolor la injusta paga.

« Y así de ella, y se hubiera abierto el pecho con ella, á no habérsele impedido.

Si de la música no nos han quedado mas documentos que las referidas especies para acreditar de gran músico á Espinel, no así de la

poesía para calificarle por uno de nuestros buenos poetas; pues además de haber sujetado á su correccion sus versos Lope de Vega Carpio, y merecer de esle unos elogios no comunes en su *Laurel de Ayala*, Lupercio Leonardo de Argensola le llama Pindaro moderno; y el inimitable Cervantes dice en su canto de Celiope.

«...Que al cielo aspira
« Ora tome la pluma, ora la lira.

Las composiciones del maestro Espinel, recogidas en un tomito impreso con el título de *Rimas*, en Madrid en 1591, aprobado por don Alonso de Ercilla, que las califica con buenos y agudos conceptos en gentil término y lenguaje, y que es lo mejor que ha visto, contienen diferentes géneros de versos en que brillan delicados pensamientos, naturales pinturas de paisajes deliciosos y sitios amenos, con mucha fluidez y armonía. Si se hubiesen hecho mas públicas sus canciones, epístolas y sonetos, serian capaces cada una de estas piezas poéticas de defender su criticado arte poético de Horacio.

La cancion que da principio

¡ Ay! bien logrados pensamientos míos;

y las octavas que comienzan

El bien dudoso, el mal seguro y cierto;

Que el autor miraba como sus composiciones mas favoritas, salen por garantes de nuestro aserlo.

Espinel, vuelto á su patria cargado de años, de trabajos, de conocimientos y experiencia, se ordenó de sacerdote, y obtuvo un beneficio de sangre en Ronda; Felipe II le confirió la capellanía de aquel hospital Real; y sin que se haya hasta ahora descubierto, por mas diligencias que se han hecho, el motivo que le condujo á Madrid, se sabe que se retiró de muy avanzada edad al recogimiento de santa Catalina de los Donados, en donde murió de cerca de 90 años, dejando oculta la serie de su vida entretajida con varios sucesos estranos, en las relaciones que tituló *del escudero Marcos de Obregon*, impresas en esta corte en 1618, y reimpresas despues en la misma en 1744: obra muy moral y bastante divertida, y que contiene especies muy raras y singulares.

Don Nicolás Antonio, despues de confesar que profesó y cultivó con lustre la música y poesía,.... añade que Espinel fué autor de las décimas, de que se llamaron por esto Espinelas, aunque D. Gregorio Mayans lo niega, atribuyendo este honor á Juan Angel, y solo reconociendo á aquel el haber variado el sitio y orden de la consonancia.

DELICIAS DE LA VIDA.

HISTORIA PRIMERA.

¡ EN BAILE! ¡ EN BAILE!

I.

Estamos en Madrid (me alegro mucho), Matilde vivió con su madre y su hermana en una posición, si nó elevada, decente. Es una muger con mucha imaginacion, ó mejor dicho, una imaginacion con fal-das de muger. Posee ese talento que observa, pero que no prevé, y esa gracia que pasa de jovial, hasta rayar en chocarrera. Es bella, segun todos dicen, pero tiene el suficiente talento para conocer que no es tan linda como los demas creen, ni tan fes como ella se supone. Sin embargo, tan pronto raciocina y obra como los demas, como concibe y raciocina de modo que parece un ser privilegiado. Es en fin, una niña que al tocar el límite de su feliz edad, lucha entre las contradictorias exigencias de la imaginacion y del temperamento.

Matilde contaba 16 años cuando su casa dió cabida á dos jóvenes que, si nó mentaban las señas, aspiraban aunque con capa de amistad, á otro sentimiento mas dulce. La madre, ser privilegiado entre los que tienen la dicha de no pensar.... buena y caudorosa muger, para quien la vida es una deliciosa madena de gozes materiales, recibió á los dos jóvenes en el seno de su familia con el placer mas candido, y la mas ilimitada confianza. — Uno de ellos, llamado Alberto, niño todavía, pues aun no le apuntaba el boro, como dice Ciceron de César, era uno de esos hombres á quienes la naturaleza ha dotado de una fealdad subida de punto, pero á los que suele dar en cambio un carácter hurlon y agresivo y una imaginacion de esas que todo lo ven al través de un mal prismas: el ridículo.

Este muchacho declaró su amor á Matilde á las primeras de cambio, y fué desachado por la jóven con toda la aversion que inspira á las de su edad un semblante feo y un carácter que halla ridiculo cuanto toca.

El otro, llamado Antonio, egoísta por temperamento y alegre por

costumbre, se contentó con la amistad de Matilde que les fué otorgada á ambos. Como no había amado nunca, dió á todos los sentimientos de su corazón el nombre de amistad, concediéndola señales y pruebas que solo el amor se otorga. Sea lo que quiera, lo cierto es, que conociendo Alberto cuánto podría ganar no hablando de amor, pidiendo satisfacciones y manifestando sus sentimientos bajo la capa de la amistad, andareto sus pasos por este camino, y en él le sonrió la fortuna.

En este tiempo acertó á aparecer en aquella *manion amistosa* otro muchacho de facciones poco agradables, de antipática figura y de antecedentes no muy ventajosos. Prendió Matilde, y conoció con *Lafontaine* que antes de mirar á la altura de los ojos conviene mirar la de los pies, propúsose observar y callar hasta que las circunstancias le apoyaran. Su aparición, criticada por todos, censurada por los dos amigos del héroe, y mal juzgada por Matilde, fué el peor augurio para el porvenir del nuevo pretendiente. Figúrese, sin embargo, Alberto qué este muchacho, á pesar de tales antecedentes, pudiera ser un enemigo peligroso, y apelando á los medios comunes procuró desacreditarle en concepto de Matilde y de su madre, obligándolas á que emplearan, primero la reserva como insinuación de retirada, y después esa batería de proyectiles llamados desaires, que tan poderosos son en manos de las mujeres. Conoció el muchacho inmediatamente la ocasión del fuego, y reflexionando que él enciende es no *estorbar*, tomó una tarde las de villadiego, jurando no volver á aquella casa. ¿Pero cómo podría nunca figurarse el resultado de su determinación?

Fué el caso, pues, que la caprichosa Matilde tuvo antojos de que Don Juan volviera á su casa, y dijo terminantemente á Alberto que no traspasara sus umbrales sino acompañado del prófugo. Conoció el joven de repente (para perspicacia!) que amaba á Matilde más de lo que creía, y en vez de hacerse superior á sus pasiones, alejándose para siempre del teatro de aquellas ridículas farsas en que había representado el principal papel, cedió desde luego á sus instancias, y tan blando de corazón como era *cura* Matilde de cabeza, fué recibido de nuevo el despreciado galán con palmas de triunfo por la mamá y la niña, concluye tan superior á él su número como inferior en bellos sentimientos.

Aquí cambió la escena. Alberto murió en el concepto de Matilde, gracias á sus exigencias amistosas que iban ya tomando vuelo, y entró á ocupar su puesto aquel de quien se había dicho una tarde vista su obsesión en estorbar, que *carecía de vergüenza*. Pasemos en silencio las escenas que entre todos tuvieron lugar: hubo amor verdadero por parte de D. Juan, celos, infundados todavía, por la de Alberto, nada y todo para ambos por la de Matilde, esperanzas dadas á Don Juan por la hermana que antes las había dado también á su compañero de pasión; y estoicismo ó indiferencia por parte de la mamá que miraba aquel cuadro, ó con la sonrisa del desprecio que dá la superioridad, ó con la de la estupidez que presta la ignorancia.

Los dos muchachos, en vez de concluir la cuestión *comme il faut*, demasiado filósofos ó demasiado cobardes, se dieron el brazo y se marcharon á pasear juntos, contando milagrosamente sus culpas. Hoy feliz el que ayer era desventurado, pudieran á sus anchas spellidar con ella á la mujer que no declaraba su amor de ambos era verdadero dueño de su corazón, ó tontos á sí mismos que no tuvieron el suficiente valor para abandonar á una mujer que debía ser necesariamente la ruina de uno de ellos. Alberto, pues, desapareció, y D. Juan quedó triunfante, si no en el corazón, al menos en la cabeza de la joven á quien manifestó su amor, y ella engañándose á sí misma contestóle favorablemente. Si el primero dudaba mucho de haber hecho tan pronto efecto en el corazón de la mujer que tan injustamente le tentaba, Matilde no estaba tampoco muy segura, puesto que unas veces miraba á Don Juan como al más indiferente de sus amigos, otras con los arrebatos de la pasión más vehemente. Muchas pruebas de afecto hubiera necesitado un hombre á quien el amor no hubiera ciego para creer en el repentino que Matilde por él decía sentir; pero el nuestro, confiado como todos, creyóla por fin, si bien después de varias discusiones, cortadas por el siguiente párrafo:

El. Matilde, V. no me ama! díjole porque no veo en V. esos arrebatos, esas miradas, esas señales que tan pequeñas son, y que dicen tanto al corazón del hombre enamorado.—En V. no veo.... no veo.... en fin, no veo!...

Ella. ¿Es V. injusto! ¿por qué no cree lo que le digo? ¿dudo yo acaso de sus palabras?

El. Eso precisamente me afirma más en mi opinion. Una persona que ama, debe dudarlo todo y creerlo todo á un mismo tiempo; debe dar á sus ojos el juego de su pasión... en fin... debe...

Ella. ¿No tiene V. más monos entre las cejas?...

El. Así las tenía siempre Alberto, de quien dice V. sin embargo que nunca fué más que amigo...

Ella. ¿No tiene V. más cejuna entre sus bigotes?...

El. Lo mismo dice...

Ella. ¡Basta! ¡Es V. muy injusto!... ¡Oh! ¡Una lágrima!

El. ¡Ah! ¡Otra lágrima!

(Fuerza: ella se limpia, él también, y prosiguen.)

Lo cierto es que D. Juan creyó cuanto Matilde decía, y ambos entregados á la tontería llamada amor, pasaron un mes y otro, y otro, diciendo, haciendo y pensando lo mismo que cuando dicho sentimiento no existía en sus corazones.

Ambos jóvenes, él, muchacho de talento, según sus amigos; y su amada, mujer de imaginación, tenían la condescendencia, si no de creerlo, al menos de decirlo; y ella, niña juguetona á veces, y grave á ratos, y con talento y gracia siempre, hubieran sido felices si Dios ó el diablo no lo hubieran dispuesto de otro modo.

Es cierto que Matilde amaba á Juan; pero también es cierto que del mismo modo escuchaba á Alberto que con su cara de ángel y con su amistosa apariencia, había vuelto á interpretar la conducta de la joven. Poco franca Matilde, tal vez porque guardase á Alberto mas consideración por su antigüedad, jamás le dijo á qué altura habían llegado sus conferencias con D. Juan. No le daba su amor, pero tampoco se oponía á que él la manifestase el suyo, y paso á paso quizá su quererle llegó á sentir lo mismo por el uno que por el otro. ¡Bajo privilegio de amigo, que un adúltero llamaría sin duda coquetaría, pero que sin embargo tiene un nombre mas expresivo!

Tuvo D. Juan que hacer un pequeño viaje del que debió regresar muy pronto para unirse con Matilde. La separación fué terrible. Entonces la proximidad de la mano de ambos fué la que se emplearía para levantar una aroba, en vez de la suficiente para levantar una libra como antes acostumbraban. También corrió ese arroyo de la mentira que llaman llanto, y que del mismo modo brota y el mismo color tiene en los ojos de una joven á quien se le ha muerto su perro favorito, que en los de aquellas á quien la muerte ha arrebatado un amante ó un esposo (1).

Inútil es decir que el joven, lleno de amor y de esperanzas, no pensó durante su ausencia sino en Matilde; no vivió sino para Matilde, y apresuró su marcha porque el mundo estaba para él vacío sin ella.

Háblense pasado tres meses desde su partida, y no anunció su vuelta, para sorprender con ella á las personas que tanto le amaban. Llegó á Madrid á las 11 de la noche, esto es, á las horas del crimen como diría un ministro de Gracia y Justicia, empolvado más de lo regular, y sólo como todo el que viaja.

Entre en la casa de su prometida y...

En el capítulo siguiente veremos el resultado imprevisto de esta sorpresa tan poco preparada.

L. M. DE LABRA.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

La novela que lleva este título, y que tan buena acogida ha merecido del público, se está imprimiendo por tercera vez con un lujo y esmero poco común. El interés con que ha sido leída esta obra aun por aquellos que miran con prevención las novelas originales, y el fallo favorable de toda la prensa pronunciado, no en las gacetas de costumbre, sino en artículos firmados por críticos bien conocidos, aconsejaban que se hiciera una nueva edición de todo lo de esta producción del Sr. Flores, cuya dedicatoria se ha dignado admitir S. M. I. Reina. Los tipos que estampamos en este número son muestra de los grabados que ilustran esta nueva impresión, solo comparable á las mas lijeras del extranjero, y recomendable ademas por su baratura.

EL POLACO DE LOS PARTICULARES.

Maria de Gonzaga, hija del duque de Nevers, que casó en 1645 con el rey de Polonia, llevó de Francia en su compañía una joven fresca, vivarachá y muy traviesa llamada la señorita de Melly. El rey, que era viejo, feo y gracioso, pero libertino, se casó pronto de la reina, y se prendió de la camarista, la cual la manifestó en términos demasiado claros para que ella no le entendiese. Pero la joven le dijo:

—Señor, no entiendo el polaco.

—¿Es posible? replicó el rey: pues me parece que demasiado bien entienda el que habla frecuentemente mi joven capitán de guardias.

—Oh Señor! replicó la muchacha, ese es el polaco de los particulares; pero el polaco de los reyes es otra cosa, y solo las princesas son capaces de entenderlo. Si V. M. lo permite y tiene á bien repetirme sus palabras, suplicaré á la reina que me las traduzca.

(1) Perdoname el Tiempo; pero eso que por esta última vez se le ha de siempre más.